

AÑO 24.

NUM. 289.

LA
ESPANA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO



JUNIO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

DE LA INFLUENCIA EJERCIDA POR LA EMIGRACION JUDÍA
DE ESPAÑA Y PORTUGAL
EN EL DESENVOLVIMIENTO ECONÓMICO DEL GLOBO

A la memoria de mi inolvidable amigo
D. José Ojea, devotamente dedico este estudio.

La falta de datos estadísticos hace difícil precisar con exactitud el grado de influencia que la actividad y el genio del pueblo judío ha ejercido en el desarrollo económico del mundo.

Antes de su emancipación política, verificada el año 1845 en la Europa central, y la abolición de las leyes restrictivas, la gran masa de los comerciantes hebreos, castigados y perseguidos por la Administración, veíanse obligados a desarrollar sus obras y trabajos de un modo subrepticio y furtivo, cual si fueran contrabandistas.

Las estadísticas oficiales de la Municipalidad de Viena no registran en el año 1845 más que 65 habitantes israelitas, cuando su número era ya en 1840 de 12 a 15.000, según los registros de la comunidad hebrea, siendo dueños de toda la importante industria textil, así como de la mayor parte de las casas de comercio de las principales arterias de la capital de Austria.

Sin embargo, a pesar de su poca difusión y de la proporción escasa que esta raza representa en la población de las di-

versas naciones, los economistas están unánimes en atribuir a la nación judía un papel importante en la producción de la riqueza mundial. Esta opinión está confirmada por la prosperidad económica de todos los países que, a ejemplo de Francia en 1889, han sabido sustraerse a los prejuicios de la Edad Media, aboliendo las leyes de restricción dictadas contra sus conciudadanos judíos.

La situación social de éstos en cada país puede considerarse como el termómetro que marca su grado de progreso y civilización. Es precisamente en las naciones más civilizadas y prósperas donde la raza judía goza de la igualdad social más completa; mientras que en los países más atrasados, como Rusia y Rumanía, donde el hebreo es todavía víctima de una opresión sistemática, se nota un retraso marcadísimo en el progreso industrial y comercial. De ahí, en Rusia, y más todavía en las regiones prohibidas a los judíos, grandes períodos de hambre y de miseria general.

En España se encuentra un ejemplo típico que demuestra la anterior aserción. La vieja ciudad de Toledo era, antes de la expulsión de los judíos, uno de los centros industriales más importantes de Castilla, poseyendo más de 200.000 almas, y una de las más prósperas colonias judías. Hoy está relegada al estado de ciudad secundaria, con 20.000 habitantes, muerta y reducida a una especie de museo o cementerio histórico.

En este estudio nos proponemos examinar el alcance económico que ha tenido en el siglo xvi el destierro de la raza israelita de los reinos de España y Portugal.

Es un hecho conocido por todos los historiadores, que en el curso del siglo xvi la actividad económica ha emigrado de los países del Sur, dirigiéndose hacia los del Norte. Al impulso vertiginoso del desenvolvimiento comercial operado en esta centuria en los países septentrionales, Bélgica y Holanda en primer lugar, y luego Francia, Inglaterra y las ciudades libres del Norte de Alemania (Hamburgo y Francfort), se han visto crecer los centros económicos de España.

Este movimiento ha sido de tal importancia, que los sabios y hombres de Estado del siglo xvii se impresionaron, y atribuyendo esta evolución a una más perfecta organización económica y política, dedicaron sus esfuerzos a seguir los procedimientos comerciales e industriales del pequeño país de Holanda, imitándolo hasta en su sistema de comercio ultramarino y en su política de conquistas coloniales.

Los economistas modernos, intentando explicar este éxodo económico del siglo xvi, han creído ver en él, desde luego, la influencia preponderante del descubrimiento de América y camino marítimo de la India.

Pero el gran sociólogo alemán Sombard, refutando estos argumentos, ha dicho, y con razón, que el descubrimiento del Nuevo Mundo, precisamente debido al genio de los españoles, portugueses e italianos, sus primeros colonizadores, debería al contrario haber acrecido el tráfico comercial e industrial de estos últimos países.

No se puede igualmente admitir una explicación de orden político, atribuyendo estos cambios económicos a la consolidación de los poderes del Norte. En efecto, ¿no ha alcanzado España, bajo Felipe II, el apogeo de su poder? ¿No ha ocurrido lo mismo en la república de Venecia?

Y, ¿cómo explicar el abatimiento económico de estos grandes poderes, en relación al estado floreciente de algunas ciudades diseminadas en una nación como Alemania, desgarrada y dividida sin ninguna base de protección política?

Por esto Sombard, rechazando suposiciones inverosímiles, no vacila en derivar de la emigración judía de España y Portugal la evolución económica de los siglos xv y xvi.

La estrecha correlación de ambos acontecimientos históricos, aparece con tal evidencia cuanto más se los considera, que resulta pasmoso que los historiadores no hayan notado más pronto esta verdad, y puéstola de relieve.

* *

En el transcurso de los siglos xv y xvi, mientras Colón descubre América y Vasco de Gama el camino marítimo de las Indias orientales, los judíos españoles e italianos, víctimas de la intolerancia religiosa, expulsados y perseguidos, emigran a Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y el Norte de Alemania. Este movimiento, parcial al principio, se generaliza poco a poco, después que los judíos *marannes*, que habían podido quedarse en España y Portugal, pasado el año 1492, abrazando oficialmente la religión católica, tuvieron a su vez que abandonar su país de origen, donde los excesos del fanatismo religioso de la Inquisición les había hecho la vida imposible.

La última fase de la emigración judía, ocurrida a fines del siglo xvi, coincide precisamente con la decadencia económica de los pueblos ibéricos, que tuvieron hasta entonces la supremacía del comercio del globo.

Siguiendo paso a paso a estos judíos errantes en su penoso calvario, se ve que en ellos parece ir el germen de la prosperidad económica a los países en que se establecen.

«El pueblo judío—dice Sombard—es como el astro bienhechor; genera la vida y la prosperidad allí donde aparece: todo lo que ha florecido, púdrese allí donde no existe más!»

La decadencia económica como consecuencia de la expulsión de los hebreos, no ocurre sólo en la Península ibérica; este mismo hecho se registra también en otros países.

Así, cuando en el siglo xv son expulsados los israelitas de las ciudades de Colonia, Ausburgo, Estrasburgo, Erfurt, Nuremberg, Ulm y otras, se inicia en ellas una profunda declinación de sus centros mercantiles.

En Italia se registra el mismo resultado en el siglo xvi, tras la expulsión de los judíos de Nápoles, Génova, Venecia y las islas de Sicilia.

En cambio, allí donde los judíos expatriados se establecen, florece como por encanto la prosperidad y el bienestar.

Una de las ciudades de Italia que se ha librado de la decadencia general ha sido Liorna, gracias a haber sido lugar de

refugio de una importante colonia de hebreos emigrados de España.

Los centros importantes de Alemania, Hamburgo y Francofort, debido también a una importante inmigración judía, han presenciado en esta época el comienzo de una era de riqueza, en la que se establecen relaciones comerciales importantes con la ciudad de Amsterdam, donde, como es sabido, existía ya un grueso núcleo de judíos españoles.

La acogida benévola que esta ciudad prestó a los israelitas procedentes de España y Portugal, la colocó súbitamente a la cabeza del tráfico comercial del globo en el siglo xvi, y ha motivado que en los anales israelitas figure con el nombre sagrado de «Nueva Jersalem».

En la ciudad de Amberes se registran fenómenos económicos semejantes: después de la inmigración judía de fines del siglo xv, se ve que su comercio adquiere un gran desarrollo, el cual decrece tan pronto como el rey de España la obliga a expulsar de su seno a los hebreos. El corto período de su florecimiento corresponde exactamente al tiempo de la permanencia en ella de los *marannes*. Sus habitantes, que no desconocían el papel importante que en la vida económica de la ciudad desempeñaban los israelitas, presintieron la ruina que la amenazaba, y el decreto Real provocó una vehemente protesta de las personas más notables, *no judías*, contra la tan antieconómica y ruinoso como inhumana medida. El grado de intensidad de los temores que sentían, lo refleja con elocuencia la siguiente frase: «que el éxodo de los judíos arrastrará nuestra ciudad a la ruina, y con ella al país entero».

El desenvolvimiento económico de Inglaterra ha seguido igualmente una marcha paralela a la de la inmigración judía. Las clases directoras inglesas han dado también pruebas de una clara inteligencia de la gran utilidad que podía reportar al país la raza judía. Así, hombres políticos de la talla de Crómwell no ocultan su simpatía hacia ella, y no es extraño ver la facilidad con que han sido coronadas por el éxito las

gestiones que en favor del establecimiento de los judíos en Inglaterra había emprendido uno de los más notables literatos del judaísmo español, Don Menassé ben Israel, de Amsterdam. Notemos al pasar que las negociaciones emprendidas por éste con Inglaterra habían suscitado en Holanda el temor de que los judíos españoles que se habían establecido allí, con gran beneficio del país, intentaban abandonarlo. El Gobierno holandés trató con Don Menassé, el cual debió tranquilizarlo afirmándole que sus gestiones se referían a los *marannes*, que habían quedado en España y Portugal, siendo el blanco de la furia exterminadora de la Inquisición.

Se comprende, pues, que los dos eminentes hombres de Estado que se pueden considerar como creadores del régimen capitalista moderno, Crómwell en Inglaterra y Colbert en Francia, hayan estimado en su justo valor la participación que las maravillosas capacidades productoras de la raza hebrea han tenido en el desarrollo de la riqueza nacional.

Esta clara intuición económica se ha igualmente revelado en los comerciantes, *no judíos*, de Venecia, quienes, cuando el Senado veneciano decretó en 1550 que a los hebreos les fuera prohibida su permanencia en la República, protestaron en nombre de los intereses superiores del país.

El movimiento actualmente iniciado en favor de la vuelta de los judíos a España, debido a la acción inteligente del eminente senador español Dr. Angel Pulido, y al cual el excelente amigo nuestro D. Benito Fernández Alonso aporta toda su inteligente colaboración, puede ser considerado como un acto patriótico en pro de los intereses españoles. España rescataría así, al mismo tiempo que sus hijos expatriados—los cuales conservan todavía, después de quinientos años de destierro, su idioma y costumbres nacionales,—una base importante para su desarrollo económico y para el fomento de las grandes riquezas que encierra la patria sublime de Cervantes.

S. SCHWARZ

Oranse, Marzo, 1912.